

EL CENTENARIO DE LENIN (II) *

EL PENSAMIENTO DE MAO TSE-TUNG: TERCERA ETAPA DEL MARXISMO-LENINISMO (*)

Galvarino Guerra. Abril 1970

N. de la R.— Creemos que al celebrar el centenario del nacimiento de Lenin, es imprescindible dejar establecido que así como el leninismo es un desarrollo del marxismo para una etapa de la historia de los pueblos, el maoísmo, en nuestra época, es también el desarrollo del marxismo-leninismo para la historia actual de los pueblos del mundo. El siguiente artículo es un análisis de este desarrollo contemporáneo que, esperamos, sea de utilidad para las tareas revolucionarias del presente del pueblo chileno.

El pensamiento de Mao Tse-tung constituye una tercera etapa en el desarrollo del marxismo-leninismo. Esta definición es de la mayor importancia revolucionaria en el presente.

Así como la aceptación del leninismo, como segunda etapa del marxismo en la época monopolista del capitalismo, sirvió de piedra de toque para diferenciar a los revolucionarios auténticos, de los oportunistas y revisionistas de la segunda década del siglo XX, hoy por hoy la comprensión de que es el Maoísmo el que da respuesta a los principales problemas revolucionarios contemporáneos que enfrenta el proletariado, será decisiva. La aceptación y comprensión de este hecho y la aplicación de las enseñanzas de principio contenidas en el pensamiento de Mao Tse-tung a la práctica revolucionaria, permitirá también en la actualidad diferenciar a los verdaderos revolucionarios proletarios, de los oportunistas de "izquierda" y de los revisionistas contemporáneos.

Al plantear la afirmación que constituye el tema de este artículo, no nos estamos refiriendo a un problema que ya nadie discute, es decir, al hecho de que Mao Tse-tung realizó una genial y creadora aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones concretas en que se desarrolló la Revolución China, o al hecho también reconocido de que Mao desarrolló en forma más profunda algunos conceptos ya planteados por Marx, Engels o Lenin, enriqueciéndolos, además, con nuevas ideas. Estamos afirmando que el pensamiento de Mao Tse-tung inaugura una nueva etapa en el desarrollo del socialismo científico.

El concepto de etapas en el desarrollo del marxismo no puede ser un concepto arbitrario, que tienda a confundir cualquier aporte a él, por correcto que sea, con una etapa superior en su desarrollo. Sólo pueden considerarse como una etapa nueva en el desarrollo del marxismo aquellas concepciones que dan una

respuesta correcta a cambios fundamentales acontecidos en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía; a teorías que responden a modificaciones de importancia ocurridas en la forma como se manifiesta la contradicción básica de la sociedad capitalista, la contradicción entre la burguesía y el proletariado.

La idea de etapas en el desarrollo del marxismo es una idea inseparable de la naturaleza materialista y dialéctica del socialismo científico. El carácter materialista y dialéctico con que el marxismo concibe la realidad, lo obliga a aplicar de un modo diferente ciertos conceptos básicos y a formular nuevos conceptos, cuando así lo exigen cambios esenciales en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. Esta necesaria profundización y ampliación del marxismo en consonancia con los cambios objetivos importantes, no debe confundirse con la falsificación del marxismo que realizan los revisionistas. Estos oportunistas abandonan principios básicos del marxismo y los tergiversan —sin ningún fundamento en la realidad— para cumplir su papel de sirvientes de la burguesía, desorientando a las masas explotadas.

LA EPOCA DE MARX Y ENGELS

Marx y Engels crearon el socialismo científico en el período de culminación de las revoluciones burguesas en los principales países de Europa. La obra teórica de Marx y Engels, así como su labor práctica revolucionaria, que culminó con la organización de la I Internacional Comunista, estuvo consagrada a defender los intereses independientes del proletariado en dichas revoluciones burguesas y a prepararlo para la futura revolución proletaria. En la época de Marx y Engels el capitalismo, pese a sus contradicciones y a sus crisis, se encontraba todavía en pleno auge. Este desarrollo premonopolista del capitalismo alcanzó su cumbre en los marcos de la libre competencia, entre los años 1860 y 1870. Después de esa época comienzan a consolidarse los trust y monopolios capitalistas en los principales países de Europa y el capital financiero a derramarse —precedido por los ejércitos colonialistas— sobre los países atrasados. Marx y Engels, que murieron en 1883 y 1895 respectivamente, sólo alcanzaron a conocer el comienzo de este proceso.

En las condiciones de desarrollo relativa-

(pág. 16)

mente independiente de unos países capitalistas respecto a otros; de libre competencia; cuando aún el capitalismo más desarrollado no se había repartido el mundo y no se había unificado como un sistema universal de explotación de los países atrasados, la posibilidad de la revolución proletaria era prevista por Marx y Engels, desde el punto de vista del desarrollo capitalista de tal o cual país. Esta posibilidad, incluso, variaba de acuerdo a los altibajos del desarrollo económico y político de las principales naciones capitalistas. En esas condiciones históricas concretas Marx y Engels consideraban más probable —y era enteramente legítimo considerarlo así— que la revolución proletaria se produciría primero en países como Inglaterra, Alemania o Francia, que representaban la cumbre del desarrollo capitalista.

En la década del 40, por ejemplo, Marx escribió en el Manifiesto Comunista: "Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un

proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria".

En 1870 Marx, en una carta dirigida a Kugelmann, señala la mayor madurez económica de Inglaterra para la revolución y afirma: "Aunque sea probable que la iniciativa revolucionaria parta de Francia, sólo Inglaterra puede servir de palanca para una revolución económicamente seria. Es el único país donde no hay mayoría de campesinos y donde la propiedad está concentrada en pocas manos. Es el único país donde la forma capitalista, es decir el trabajo combinado en gran escala bajo patronos capitalistas, se ha apoderado de casi toda la producción. Es el único país donde la **gran mayoría de la población consiste en obreros asalariados**, (subrayado por Marx). Es el único país donde la lucha de clases y la organización de trades-union de la clase obrera ha adquirido un cierto grado de madurez y universalidad, a causa de su dominación sobre el mercado mundial. Es el único país donde cada revolución en la economía debe inmediatamente repercutir sobre el mundo entero. Si el señorío de la tierra y el capitalismo tienen su siglo clásico en ese país, por contrapartida las condiciones materiales de su destrucción son allí mas maduras...".

Engels, por su parte, refiriéndose fundamentalmente al aspecto político de la perspectiva revolucionaria, escribe en 1878 en su obra "Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico": "El triunfo de la clase obrera europea no depende solamente de Inglaterra. Este triunfo solamente puede asegurarse mediante la cooperación, por lo menos, de Inglaterra, Francia y Alemania. En estos dos últimos países, el movimiento obrero le lleva un buen trecho de delantera al de Inglaterra. En Alemania, se halla a una distancia Incluso ya mensurable del triunfo. Los progresos obtenidos aquí desde hace veinticinco años, no tienen precedente. El movimiento obrero alemán avanza con velocidad casi acelerada. Y si la burguesía alemana ha dado pruebas de su carencia lamentable de capacidad política, de disciplina, de bravura, de energía, la clase obrera de Alemania ha demostrado que posee en grado abundante todas estas cualidades. Hace ya casi cuatrocientos años que Alemania fue el primer punto de arranque del primer gran alzamiento de la clase media de Europa; tal como están las cosas, ¿es descabellado pensar que Alemania vaya a ser también el escenario del primer gran triunfo del proletariado europeo?".

Los primeros y decisivos pasos en el desarrollo del socialismo científico, por lo tanto fueron dados por Marx y Engels en condiciones en que el desarrollo premonopolista del capitalismo hacía más probable el triunfo de la revolución proletaria en aquellos países donde se realizaba o se había ya consumado la revolución burguesa. En aquellas circunstancias, Marx y Engels tomaron en sus manos la defensa de los intereses independientes del proletariado.

Ya en 1844, Marx invita a hacer "una crítica implacable de todo lo existente" y señala el papel histórico del proletariado como futuro creador de una sociedad sin clases. Justamente para contribuir a esta tarea histórica del proletariado elaboran el socialismo científico en abierta lucha contra las concepciones utópicas en torno al socialismo, que desorientaban al movimiento obrero.

Más adelante, Marx, como cumbre de una cantidad de escritos doctrinarios y polémicos destinados al proletariado, que elaborara en colaboración y coordinación con Engels, realiza su obra cumbre: "El Capital", que constituye una autopsia lapidaria del sistema capitalista. Marx y Engels no se contentan, sin embargo, con su fecunda labor teórica. Fundan, al mismo tiempo, el primer

partido comunista de la historia: la Liga de los Comunistas. En el Programa de dicha Liga, conocido como Manifiesto del Partido Comunista, hacen una síntesis magistral de la teoría revolucionaria del proletariado.

Más adelante, en la década del 60, Marx y Engels, deciden agrupar internacionalmente al proletariado de los países más avanzados para cooperar a la revolución proletaria allí donde esté más madura y extenderla luego a otros países. "El movimiento obrero de diversos países de Europa —expresó Engels— había vuelto a fortificarse en tal medida que Marx podía pensar en poner en práctica un deseo acariciado desde hacia largo tiempo: fundar una asociación obrera que abarcara los países más adelantados de Europa y América, y que había de personificar, por decirlo así, el carácter internacional del movimiento socialista, tanto ante los propios obreros como ante los burgueses y los gobiernos: ante el proletariado para alentarlos, y ante sus enemigos, para infundirles miedo".

La I Internacional fundada en 1864, cumplió un importante papel de clarificación de los obreros, gracias a la lucha sin cuartel que dieron en ella Marx y Engels contra los anarquistas y oportunistas de derecha. Pese a que debió disolverse más tarde debido a la feroz represión de la burguesía en su contra, antes de desaparecer impulsó la crea-

(pág. 17)

ción de partidos proletarios en diversos países capitalistas, partidos que constituirían la base de la creación de la II Internacional.

La labor de Marx y Engels se materializa durante una gloriosa y difícil etapa en la lucha del proletariado por el socialismo. En esa época el proletariado comienza a fundir su lucha espontánea de masas con el socialismo científico; comienza a forjar sus primeras organizaciones independientes de combate; comienza a luchar por sus propios intereses de clase, en una época de pleno auge de la burguesía capitalista. El aporte de Marx y Engels en tales circunstancias es gigantesco e inmortal, constituye el sólido cimiento de todos los desarrollos posteriores de la ciencia revolucionaria del proletariado.

LA ETAPA LENINISTA DEL MARXISMO

La década del 70 del siglo pasado es considerada por Lenin como el comienzo de una nueva época en el desarrollo del capitalismo. Se producen profundas modificaciones respecto a las formas capitalistas, contemporáneas de Marx y Engels, lo que obliga a desarrollar el marxismo para dar respuesta a las nuevas condiciones existentes.

En primer lugar, en los países capitalistas más avanzados desaparece como aspecto dominante de la economía, la libre competencia de la época premonopolista. La producción se ha concentrado ya en grandes monopolios y trust que controlan el mercado "Nos hallamos en presencia —escribe Lenin— no ya de una lucha de competencia entre grandes o pequeñas empresas, entre establecimientos técnicamente atrasados y establecimientos de técnica avanzada. Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas, de todos aquellos que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad".

Por otra parte, el gigantesco desarrollo de los monopolios capitalistas determina que se hagan insuficientes los mercados internos de cada país. La acumulación

de riquezas hace que adquiera un amplio predominio el capital financiero y éste comienza a ser exportado a los países menos desarrollados para apoderarse allí fundamentalmente de las materias primas necesarias a la industria monopolista. "Lo que caracterizaba al viejo capitalismo —señala Lenin— en el cual dominaba plenamente la libre concurrencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en que impera el monopolio, es la exportación de capital".

La burguesía monopolista, a sangre y fuego, comienza a repartirse el mundo, luchando como perros de presa entre sí por cada territorio colonial. La Primera Guerra Mundial no es más que un feroz enfrentamiento de unas potencias imperialistas contra otras por el control de las colonias.

En su obra "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo", publicada en abril de 1917, Lenin sostiene: "La política colonial de los países capitalistas **ha terminado** ya la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por primera vez el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son **únicamente** nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un 'amo' a otro, y no el paso de un territorio sin amo a un 'dueño'".

Este reparto del mundo entre los sectores avanzados de la burguesía, no sólo es expresión de la fase monopolista de la burguesía, sino que contribuye decisivamente a acentuar dicha característica al poner en manos de los monopolios importantes fuentes de materias primas y el control sobre nuevos mercados de venta. "El paso del capitalismo —dice Lenin—, a la fase de capitalismo monopolista, al capital financiero, se haya relacionado con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo".

El paso del capitalismo de libre competencia a su fase monopolista agudiza en grado extremo las contradicciones de este sistema y crea con ello condiciones mucho más favorables que las existentes en la época de Marx y Engels, para el triunfo de la revolución proletaria.

"Todo el mundo conoce —expresa Lenin— hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo. Basta indicar la carestía de la vida y el yugo de los cartels... los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes; todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a caracterizarlo como capitalismo parasitario o en descomposición".

(Pág. 18)

Es así como el capitalismo, transformado ya en un sistema mundial de explotación financiera y de opresión colonial, viene a ser —en opinión de Lenin— "la antesala de la revolución socialista".

Junto a lo anterior y precisamente debido a la feroz explotación y opresión del mundo colonial por parte de las grandes potencias capitalistas, sufre un retardo el comienzo de la revolución proletaria en dichas potencias, es decir, precisamente allí donde era más probable que ella irrumpiera en la época de Marx y Engels, en la época del capitalismo premonopolista. Este retardo transitorio surge del hecho de que la burguesía de esas naciones imperialistas, que había desatado ya como hemos dicho una feroz represión contra la I

Internacional, más adelante —para frenar la revolución— comparte con un sector de la clase obrera de sus industrias monopolistas una parte de las riquezas saqueadas del mundo colonial.

Crea de esta manera en las metrópolis una cierta "aristocracia" obrera y corrompe a dirigentes del proletariado. Este fenómeno —muy agudo ya en los tiempos de Lenin— habían comenzado a detectarlo el propio Marx y Engels, respecto a Inglaterra, el primer país capitalista que comenzó a forjar un fuerte imperio colonial.

En 1858, por ejemplo, Engels escribía a Marx lo siguiente: "El proletariado inglés se va aburguesando de hecho cada día más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resumidas cuentas, **al lado** de la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués"... y concluye: "naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es hasta cierto punto lógico".

Posteriormente, en el año 1882, Engels precisa aún más esta idea en una carta a Kautsky: "Me pregunta usted lo que piensan los obreros ingleses acerca de la política colonial. Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un partido obrero, no hay más que radicales conservadores y liberales, y los obreros se aprovechan, junto con ellos, con la mayor tranquilidad, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial". La corrupción que debe combatir Lenin de la inmensa mayoría de los destacamentos obreros que integraron la II Internacional, es una expresión concreta del hecho que analizamos.

A Lenin, por consiguiente, le toca formular una línea revolucionaria marxista en circunstancias en que estando madura la revolución proletaria ella se ha retardado transitoriamente —debido a la traición oportunista- en las naciones capitalistas más avanzadas y en que **todavía** ella no está plenamente madura en los países coloniales y semicoloniales por su bajo desarrollo económico. Le toca encarar la revolución proletaria en los momentos en que ya no tiene vigencia un desarrollo capitalista relativamente independiente de unos países respecto a otros, que hacía prever la revolución socialista en tal o cual nación capitalista de las más avanzadas en función de sus condiciones económicas y políticas específicas. Le toca actuar en los momentos en que "el mundo entero forma un organismo económico único y todo él se halla repartido entre, un puñado de grandes potencias", y en que, por lo mismo, el proletariado puede irrumpir rompiendo esa cadena de dominación capitalista por el eslabón más adecuado y débil.

Pese a las trabas que —en la época leninista— se han producido a un triunfo proletario en los países imperialistas más poderosos, la contradicción principal no se ha trasladado todavía —como ocurrirá más adelante— al enfrentamiento entre el mundo colonial y semicolonial con el imperialismo. Dicha contradicción principal sigue siendo, como lo expresa Stalin en "Fundamentos del Leninismo": "la agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas; y... el acrecentamiento de los elementos de un estallido en el frente interior, en el frente proletario de las metrópolis".

ESTRATEGIA Y TACTICA LENINISTAS

Lenin, por lo tanto, como líder del proletariado en la época del imperialismo y continuador de Marx y Engels, encara dos problemas fundamentales: por una parte, enfrentar la traición oportunista que frena la revolución en todos los

países capitalistas más avanzados y, por otra, hacer que el proletariado irrumpa con su revolución en aquel de esos países donde sea más factible romper la cadena de dominación imperialista.

Respecto a la lucha contra el oportunismo, Lenin, asumiendo su deber revolucionario, cumple cabalmente su papel de combatirlo y romper toda unidad con él. "La lucha contra el imperialismo —afirma— si no se halla ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo, es una frase vacía y falsa". Lenin desarrolla este combate no sólo contra los oportunistas abiertos y descarados, sino también contra los oportunistas encubiertos o revisionistas que se ocultan tras el nombre de "marxistas", para deformar y tergiversar el marxismo engañando a las masas.

"El oportunismo franco —expresa Lenin— está abierta y directamente contra la revolución y los movimientos y explosiones revolucionarias incipientes, y se alía de manera directa con los gobiernos, cualesquiera sean las formas de esa alianza: desde la participación en un ministerio hasta la participación en los comités de la industria bélica. Los oportunistas encubiertos, los kautskianos, son mucho más perjudiciales y peligrosos para el movimiento obrero, porque ocultan la defensa de su alianza con los primeros por medio de bonitas frases, también "marxistas", y consignas pacifistas. La lucha contra ambas formas dominantes del oportunismo debe llevarse a cabo en todos los sectores de la política proletaria: parlamento, sindicatos, huelgas, asuntos militares, etc."

Respecto al segundo problema señalado más arriba: la ruptura del frente imperialista en el punto más adecuado, Lenin, en oposición a Trotski y sus seguidores, formula la tesis de que es posible la victoria del socialismo en un solo país. "La desigualdad del desarrollo económico y político —escribe en 1915— es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible la victoria

(Pág. 19)

del socialismo, primero en unos cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país, aisladamente".

Rusia, la cuna del leninismo, resultó precisamente ser el país más adecuado para quebrar el frente imperialista y realizar la revolución socialista. En Rusia, existía una feroz y despótica opresión por parte del zarismo. Se trataba, además, de un país abierto a una creciente explotación por parte del imperialismo europeo y, a su vez, un país imperialista, aunque en una escala muy inferior en relación con las grandes potencias occidentales. Por otra parte, en Rusia el capitalismo y el proletariado habían tenido un desarrollo considerable, sin alcanzar este país, sin embargo, la consolidación de un vasto imperio colonial atado a fuertes inversiones, como es el caso de las otras naciones capitalistas desarrolladas.

Rusia no tenía, por lo tanto, como las otras potencias imperialistas de Europa, un gigantesco flujo de plusvalía de sus colonias, que sirviera de elemento corruptor de su proletariado y de sustento a poderosas corrientes oportunistas, como las existentes en Alemania, Francia o Inglaterra.

Rusia tenía para la revolución proletaria muchas de las ventajas de los países con desarrollo capitalista y, al mismo tiempo, estaba libre en cierto grado de las trabas a la revolución surgidas, por ejemplo, en países como Inglaterra, "que explota al mundo entero". Lenin supo comprender tempranamente la situación privilegiada para la revolución en que se encontraba su país y ya en una de sus

primeras obras, en "¿Qué Hacer?", afirma: "La historia plantea hoy ante nosotros una tarea inmediata, que es **la más revolucionaria** de todas las tareas **inmediatas** del proletariado de ningún otro país. La realización de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea sino también (hoy podemos afirmarlo) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado internacional".

Para materializar la revolución, Lenin, en abierta y constante lucha contra los oportunistas —basándose en las enseñanzas de Marx y Engels— diseña una estrategia y una táctica para la conquista del Poder en Rusia. "La doctrina de Marx —escribe— estableció las verdaderas tareas de un partido socialista revolucionario: no componer planes de reorganización de la sociedad ni ocuparse de la prédica a los capitalistas o sus acólitos de la necesidad de mejorar la situación de los obreros, ni tampoco urdir conjuraciones, sino organizar la lucha de clases del proletariado y dirigir esa lucha, que tiene por objetivo final la conquista del poder político por el proletariado y la organización de una sociedad socialista".

A través de la dirección marxista de la lucha de clases del proletariado, éste eleva su conciencia política y se transforma en fuerza dirigente de grandes masas interesadas en la revolución. Se desencadenan entonces las más amplias y variadas luchas de masas y acciones legales e ilegales, que han de confluir finalmente en una huelga general política, considerada por Lenin como la antesala de la insurrección armada. Todas esas variadas luchas de masas encabezadas por el proletariado, tienen por objeto educar en la acción a las masas y prepararlas para desencadenar, en el momento más oportuno, la insurrección armada.

"Se puede considerar completamente maduro el momento de la batalla decisiva —escribe Lenin— si todas las fuerzas de clase que no son adversas están suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas"; si "todos los elementos vacilantes, volubles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña-burguesía, la democracia pequeñoburguesa, que se diferencia de la burguesía, se han desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se han cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota práctica"; si "en las masas proletarias empieza a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. En ese momento es cuando está madura la revolución, en ese momento nuestra victoria está asegurada, si hemos sabido tener en cuenta... todas las condiciones indicadas más arriba y hemos elegido acertadamente el momento".

Estando las condiciones generales dadas, la insurrección armada debe ser puesta en práctica, no librada a la espontaneidad sino como un arte sujeto a ciertos principios y normas. En este punto, Lenin, parafraseando las conocidas tesis de Marx y Engels, señala las normas generales para la insurrección:

"1) No jugar nunca a la insurrección, y una vez empezada ésta saber firmemente que hay que llevarla a término.

2) Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivos fuerzas muy superiores, porque de lo contrario el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3) Una vez empezada la insurrección hay que proceder con la mayor decisión y pasar obligatoria e incondicionalmente a la ofensiva. 'La defensiva es la muerte de la insurrección armada'.

4) Hay que esforzarse en pillar al enemigo desprevenido, hay que aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

5) Hay que esforzarse en obtener éxitos diarios, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la superioridad moral".

Este modelo de estrategia revolucionaria ha resultado adecuado a países donde el proletariado —en número y en experiencia revolucionaria— constituye una fuerza decisiva; donde el enemigo burgués concentra en pocas manos los elementos básicos de la economía; donde la clase obrera se encuentra fuertemente concentrada, particularmente en las industrias de las grandes ciudades; donde la dominación de otras naciones imperialistas o no existe o es débil. En tales circunstancias el desenlace de una insurrección armada —preparada eso sí a través de prolongados combates de todo tipo de las masas dirigidas por el proletariado— debe consumarse en un plazo relativamente breve, es

(Pág. 20)

decir, en algunos días o semanas. La etapa propiamente armada del choque revolucionario de clases, por lo tanto, se dará fundamentalmente al final de la lucha, será breve y las acciones armadas decisivas se librarán básicamente en las grandes ciudades, con apoyo, eso sí, de alzamientos campesinos.

Lenin no sólo planeó teóricamente el desarrollo de una insurrección de este tipo en Rusia, sino que dirigió directamente las batallas tácticas que habrían de derrocar en dicho país al zarismo primero y llevar luego al proletariado al poder. Sin embargo, como veremos más adelante la estrategia y táctica de la lucha armada de masas destinada a conquistar el Poder que emprendiera Lenin en Rusia, debe sufrir profundas modificaciones para aplicarse con éxito en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, países atrasados en su desarrollo económico y dominados por el imperialismo. En este punto, Mao Tse-tung, al formular su teoría de la guerra popular, realizó inestimables aportes a la estrategia y táctica de la lucha armada revolucionaria de masas, que es preciso poner en práctica en estos países para conquistar el poder. Esto no significa, sin embargo, que algunos principios de la insurrección leninista no sean también utilizados en ciertos aspectos de los países atrasados y sometidos por el imperialismo y el que no existan en estos países casos en que sea preciso combinar de algún modo ambos métodos de lucha armada revolucionaria.

LENIN Y EL MUNDO COLONIAL

La Primera Guerra Mundial y, principalmente, el triunfo del proletariado en Rusia, influyen poderosamente en el desarrollo de las luchas de liberación en los países coloniales y sojuzgados por el imperialismo. Lenin es el primero que advierte y pone de relieve —contra los oportunistas— la importancia que esta lucha tiene como formidable apoyo para el proletariado que combate en Europa contra esa misma burguesía imperialista, que oprime al mundo colonial y semi-colonial. No obstante, en la época de Lenin, debido al atraso del desarrollo capitalista y por ende del proletariado en tales países sometidos al imperialismo, y a la gran influencia de la burguesía en los movimientos nacionalistas existentes

en ellos, no se prevé una evolución próxima en esas luchas —en función de la presencia de fuerzas proletarias— hacia una revolución socialista.

En el mundo colonial y semicolonial se plantea a la III Internacional una diferencia bastante significativa: la existente entre países como China, por ejemplo, donde el proletariado tenía ya cierto desarrollo, y países como Persia, Turquía y otros donde prácticamente no existía proletariado. En estos últimos países no existía dirección proletaria sobre los movimientos nacionalistas y antimperialistas. Por lo mismo, Lenin, respecto a países como Turquía y Persia, en sus tesis a la Internacional, pone el acento en la necesidad de una dirección revolucionario-proletaria del movimiento nacionalista, desde el exterior, a partir del movimiento comunista de los países más avanzados y, muy particularmente, del proletariado en el poder en Rusia.

"Es indiscutible —señala Lenin— que el proletariado de los países avanzados puede y debe ayudar a las masas trabajadoras atrasadas, y que el desarrollo de los países atrasados puede salir de su fase actual cuando el proletariado triunfante de las Repúblicas Soviéticas tienda la mano a esas masas y pueda prestarles apoyo".

Este apoyo del movimiento comunista al nacionalismo de estas colonias y semicolonias más atrasadas y sin proletariado —puesto que en ellas la dirección del movimiento estaba básicamente en manos de la burguesía— es planteada en la Internacional por Lenin de un modo condicionado. Se apoyará, expresa, "los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas explotadas".

Respecto a esos mismos países más atrasados, puesto que ni siquiera existía en ellos una fuerza proletaria que tomara desde el interior la dirección y sistematizara una experiencia y una conducción revolucionaria del movimiento de liberación, Lenin propone atraer en ellos a las masas hacia el modelo de los soviets ya probados en Rusia. Habla de educar a las masas en "los postulados fundamentales del régimen soviético", para que "los campesinos, colocados en una dependencia semifeudal, puedan asimilar muy bien la idea de la organización soviética y sean capaces de ponerla en práctica".

Este posible paso a ciertas formas de soviets campesinos en los países más atrasados del mundo colonial es concebido por Lenin fundamentalmente sobre la base de la influencia que en esas masas pudiera tener el proletariado en el poder en las naciones más avanzadas de Europa.

"Si el proletariado revolucionario victorioso —señala Lenin— realiza entre esos pueblos una propaganda sistemática y **los gobiernos soviéticos** (subrayado nuestro) les ayudan con todos los medios a su alcance, es erróneo suponer que la fase capitalista de desarrollo sea inevitable para los pueblos atrasados. En todas las colonias y en todos los países atrasados, no sólo debemos formar cuadros propios de luchadores y organizaciones de partido, no sólo debemos realizar una propaganda inmediata en pro de la creación de soviets campesinos, tratando de adaptarlos a las condiciones precapitalistas, sino que la Internacional Comunista habrá de promulgar, dándole una base teórica, la tesis de que los países atrasados, con la ayuda del proletariado de las naciones adelantadas, pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo, soslayando en su desenvolvimiento la fase capitalista".

Nuestra opinión es que este planteamiento de Lenin y de la Internacional, tendía a integrar al movimiento nacionalista de los países coloniales y semicoloniales al de la revolución proletaria de Europa, en circunstancias que no existía ni la experiencia, ni los antecedentes suficientes, como para definir con precisión una política revolucionaria proletaria específica para dichos países. De lo que se trataba, por lo tanto, era de

(Pág. 21)

ofrecer al menos un modelo provisorio, el de los soviets, a las masas trabajadoras de dichos países, para impedir que la dirección burguesa del movimiento nacionalista los sumara al frente imperialista y antisoviético. Se trata de una política que emerge de la urgencia de integrar dichos movimientos nacionalistas y antimperialistas a la revolución proletaria en Europa en apoyo de la revolución triunfante y amenazada en Rusia.

"Ahora —escribe Lenin— nuestra Revolución Soviética tiene que agrupar en torno suyo a todos los pueblos de Oriente que despiertan, para luchar junto a ellos contra el imperialismo internacional...". "De por sí se comprende que sólo puede vencer definitivamente el proletariado de todos los países avanzados del mundo, y nosotros, los rusos, comenzamos la obra que afianzará el proletariado francés, inglés o alemán; pero vemos que ellos no vencerán sin la ayuda de las masas trabajadoras de todos los pueblos coloniales oprimidos y, en primer lugar, de los pueblos de Oriente. Debemos comprender que la vanguardia sola no puede llevar a cabo el paso al comunismo".

En relación con países coloniales o semi-coloniales, como la India o China, donde existía cierto desarrollo proletario, se aprueban en la Internacional las tesis especiales de Roy respecto a esos países. En ellas se recomienda —cuando sea oportuno, es decir, "en el periodo de paso de la revolución democrático-burguesa a la .proletaria", la formación de soviets de diputados **obreros** y campesinos.

A través de las tesis aprobadas en el II Congreso de la Internacional y en reuniones posteriores de ella, así como en la polémica que Stalin sostiene contra la oposición trotskista respecto a China, se advierten grandes vacíos respecto al camino que conduciría a los países coloniales y semicoloniales a la revolución proletaria. Estos vacíos y aun ciertos errores cometidos en lo que respecta a la orientación revolucionaria a seguir en dichos países, son perfectamente explicables, puesto que la violenta irrupción de esta lucha nacionalista y antimperialista del mundo colonial y semicolonial, implica para el marxismo un problema nuevo y que reviste muchas particularidades diferentes a como se desarrollaba la revolución en las naciones capitalistas.

El propio Lenin reconoce constantemente que la teoría revolucionaria para dichos países está por desarrollarse y que la última palabra la deberán decir los comunistas que surjan en esos países. En su Informe a las Organizaciones Comunistas de los Pueblos de Oriente, por ejemplo, sostiene: "debéis saber aplicar esa teoría y esa práctica (la teoría y la práctica comunistas), adaptándose a condiciones que no se dan en los países europeos".

Y en otro punto del mismo Informe señala: "Tendréis que plantear esa tarea y resolverla vosotros mismos, con vuestra propia experiencia". Posteriormente en el II Congreso de Internacional, refiriéndose al paso al socialismo en los países coloniales y semicoloniales, escribe: "Los medios que hayan de ser necesarios para que esto ocurra no pueden ser señalados de antemano. La experiencia práctica nos los irá sugiriendo".

Incluso —como hemos visto— cuando sugiere la posibilidad de atraer a los trabajadores de los países atrasados hacia la experiencia de los soviets, dice que la Internacional habrá de promulgar esta idea y esta práctica "dándoles una base teórica".

En general en todas las discusiones de la Internacional se conciben —de acuerdo con el modelo conocido y ya probado en Rusia— los soviets como meta final del movimiento revolucionario en los países atrasados y oprimidos por el imperialismo, pero no hay completa claridad respecto al camino que conducirá a la revolución socialista, ni tampoco completa claridad de las etapas revolucionarias intermedias mediante las cuales se avanzará hacia el socialismo.

LA ETAPA DEL PENSAMIENTO DE MAO TSE-TUNG

A Mao Tse-tung, en cambio, situado en el terreno mismo de un país semifeudal, colonial y semicolonial donde existía cierto desarrollo proletario, le cabe un papel decisivo en el desarrollo de una teoría y de una práctica revolucionarias que conduzcan a derrotar al feudalismo, al imperialismo y al capital monopolista en China, para pasar luego a la revolución socialista.

Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundiales, se profundiza la dominación de los países imperialistas en Asia, África y América latina, y las inversiones de las na-

(Pág. 22)

ciones capitalistas en las colonias y países dependientes prosiguen a un ritmo acelerado. Los monopolios capitalistas instalan en dichos países grandes empresas destinadas especialmente a explotar sus materias primas. Como subsidiarias de esas empresas imperialistas surgen otras menores controladas por una naciente burguesía nativa.

El imperialismo cumple en los países oprimidos un papel contradictorio: por una parte frena deliberadamente el desarrollo capitalista en ellos en beneficio de sus propias empresas establecidas en la metrópoli y, por otra parte, no puede menos que desarrollar en sus colonias y semicolonias el capitalismo al realizar inversiones en ellas. "La exportación del capital —señala Lenin en su obra "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo"— influye sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente".

Y en su libro: "El Programa Militar de la Revolución Proletaria", afirma: "Uno de los rasgos esenciales del imperialismo consiste, precisamente, en que acelera el desarrollo del capitalismo en los países atrasados, ampliando y recrudeciendo por ello mismo la lucha contra la opresión nacional".

Por otra parte, el compromiso de las principales potencias imperialistas en las dos guerras mundiales, aflojó los controles de éstas sobre las colonias y países dependientes del imperialismo y creó grandes dificultades a la exportación a ellos de productos de las metrópolis. Esto hizo posible el desarrollo de una serie de nuevas empresas capitalistas promovidas por sectores nacionales de la burguesía, destinadas a sustituir productos que antes se importaban.

Mao Tse-tung, en su libro "La Revolución China y el Partido Comunista de China", editado en 1939, escribe: "Hace cuarenta años, a finales del siglo pasado y comienzos del presente, el capitalismo nacional de China dio los primeros

pasos en su desarrollo. Más tarde, hace veinte años, durante la Primera Guerra Mundial imperialista, debido a que los países imperialistas de Europa y Norteamérica, ocupados en la guerra, relajaron temporalmente su opresión sobre nuestro país, la industria nacional china, principalmente la textil y la harinera, cobró nuevo desarrollo".

Posteriormente, en el año 1947, Mao señala que se había estado formando desde 1927 en China una burguesía monopolista íntimamente aliada del imperialismo. La formación de esta burguesía monopolista (burguesía, por cierto, de un nivel económico muy inferior a la de los países capitalistas avanzados de Europa), es con todo un síntoma del desarrollo capitalista que se estaba gestando en China, pese al amplio predominio allí de formas semif feudales de economía. En su obra "La Situación Actual y Nuestras Tareas" del año 1947, Mao afirma: "Durante los veinte años de su dominación —las cuatro grandes familias: Chiang, Soong, Kung y Chen— han amasado enormes fortunas que alcanzan de diez a veinte mil millones de dólares norteamericanos, y han monopolizado las arterias vitales de la economía del país. Este capital monopolista combinado con el Poder del Estado, se ha convertido en el capitalismo monopolista de Estado".

A Mao Tse-tung, por consiguiente, le toca formular su teoría de la revolución en un país semifeudal, colonial y semicolonial como China, en los momentos en que existía ya allí un combativo proletariado y su partido de vanguardia: el Partido Comunista de China.

En 1919, el proletariado chino que contaba ya con unos tres millones de obreros organizados, declaró su primera huelga política contra el imperialismo. Entre comienzos de 1922 y febrero de 1923, más de 300 mil obreros participaron en unas 100 huelgas. Posteriormente, en el año 1925, los obreros de Shanghai declararon una gran huelga contra los imperialistas británicos y japoneses. A raíz de esta huelga la policía británica realizó una masacre de trabajadores. Esta masacre provocó —en todas las ciudades importantes del país— un gigantesco movimiento de protesta bajo las formas más variadas: huelgas, manifestaciones, acciones armadas, mítines, etc. Tan sólo en Cantón y Hong-Kong —puerto cuyo comercio internacional fue bloqueado por completo— la huelga duró más de un año.

El Partido Comunista de China nació en el año 1921 y poco antes de la traición de Chiang Kai-shek, perpetrada en 1927, tenía ya 50 mil miembros. Después de varios altibajos en su militancia en relación con derrotas sufridas por el predominio en su dirección de desviaciones de "izquierda" o derecha, llegó a tener —durante la guerra de resistencia contra Japón— más de un millón 200 mil militantes. Posteriormente, en la lucha final contra Chiang Kai-shek, su militancia se elevó a 3 millones de miembros.

Es sabido que en 1935 —en pleno desarrollo de la Gran Marcha— el pensamiento de Mao Tse-tung logra imponerse definitivamente en el Partido, en lucha contra las desviaciones oportunistas.

EL PROBLEMA DEL PODER

Uno de los aportes fundamentales de Mao Tse-tung al marxismo-leninismo en su tercera etapa de desarrollo, es el haber caracterizado claramente el tipo de Estado y de Poder por el que hay que luchar en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, en la etapa previa a la revolución socialista. Mao Tse-tung define claramente las dos etapas de la revolución y diferencia nitidamente la primera etapa de Nueva Democracia o Democracia Popular, tanto

de las antiguas revoluciones democrático-burguesas como de la revolución socialista. "La revolución democrático-burguesa en la China de hoy —escribe— no es del viejo tipo corriente, hoy anticuado, sino de un nuevo tipo especial. Este tipo de revolución se desarrolla en China y en todos los países coloniales y semicoloniales, y nosotros la denominamos revolución de la nueva democracia. La revolución de la nueva democracia es parte de la revolución mundial socialista-proletaria, que lucha resueltamente contra el imperialismo o capitalismo internacional... Una revolución de la nueva democracia es una revolución de las masas populares dirigidas por el proletariado y orientada contra el imperialismo y el feudalismo... La revolución democrática es la

(Pág. 23)

preparación necesaria para la revolución socialista; y la revolución socialista es el resultado inevitable de la revolución democrática".

Esta clara distinción de las etapas de la revolución, hecha por Mao Tse-tung, es la que le permite definir con meridiana claridad el tipo de Poder y de Estado a alcanzar en cada una de esas etapas. La concepción de Mao de la revolución ininterrumpida a través de etapas, se distingue claramente también de la posición que tenían Trotsky y sus seguidores. Estos —como es sabido— pretendían y aún pretenden desconocer en los países coloniales, semicoloniales y dependientes la necesidad de la etapa revolucionaria democrático-popular, previa a la etapa de la revolución socialista. Trotsky, en efecto, en su obra: "La Revolución Permanente", sostenía que con el programa democrático-popular, "el Partido Comunista chino se halla atado de pies y manos y se ve obligado a ceder pasivamente el campo a la socialdemocracia china..." y opinaba, además, que: "la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos... es una ficción, un fraude contra sí mismo, o algo peor". Como es sabido Mao Tse-tung concibió la dictadura democrático-popular aun de un modo más amplio que aquel que criticaba Trotsky, por su amplitud, pues incorporó al poder "a la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional". "Dirigidas por la clase obrera y el Partido Comunista —expresa en junio de 1949 en su obra "Sobre la Dictadura Democrática Popular"— estas clases se unen, forman su propio Estado, eligen su propio gobierno y ejercen la dictadura sobre los lacayos del imperialismo es decir, sobre la clase terrateniente y la clase capitalista burocrática..." Las afirmaciones citadas de Trotsky —como la mayor parte de sus delirantes teorías— no necesitan comentarios, pues la propia historia se ha encargado de dar su veredicto sobre ellas.

En la época en que Lenin vivía y aun en las discusiones posteriores de la Internacional acerca del problema nacional y colonial o de China en particular, la verdad es que no se concebía con claridad el tipo de Poder y de Estado que debía surgir de la lucha antimperialista y antifeudal de los países coloniales y oprimidos, como etapa previa al Poder y al Estado socialista. En otras palabras, no se plantea claramente la consumación de la lucha antimperialista, antifeudal (y antimonopolista más adelante), como una forma de Poder y de Estado a conquistar por el pueblo dirigido por el proletariado. No se comprende tampoco plenamente —aunque a veces formulada con cierta ambigüedad— la posibilidad de que la burguesía nacional participe en tal forma de Estado y de Poder. Hay ciertas referencias, por ejemplo, a algunas formas transitorias y muy localizadas de poder, como el del Kuomintang de Wuhan en 1927 después del golpe de Chiang Kai-shek, como una forma de dictadura "del proletariado y del campesinado", mostrando como futuro de ella la dictadura del proletariado. Al no

plantearse claramente —como lo hace Mao Tse-tung para toda China— un poder y un Estado de Democracia-Popular, como meta revolucionarla previa a la revolución socialista y al plantearse ciertas formas estructurales, locales y transitorias del frente único, como expresión del cumplimiento de la etapa previa a la revolución socialista, no se encaraba en realidad la formulación de una auténtica revolución Democrático-Popular. Con esos planteamientos se confundía etapas de la lucha revolucionaria con etapas de la revolución. Sólo se puede hablar de una etapa de la revolución —del modo como lo plantea para China Mao Tse-tung— es decir, cuando hay una demolición de un tipo de Poder y de Estado, para reemplazarlo por otro.

Mao Tse-tung, en cambio, expresa respecto a la meta de la primera etapa revolucionaria: "La República democrática china que queremos establecer ahora, sólo puede ser una república democrática bajo la dictadura conjunta de todos los sectores antimperialistas y antifeudales, dirigida por el proletariado es decir, una república de nueva democracia... Esta república de nueva democracia será diferente, por una parte, de la vieja república capitalista, al estilo europeo y norteamericano, bajo la dictadura de la burguesía, esto es, la república de vieja democracia, ya caduca. Por otra parte, será diferente también de la república socialista, al estilo soviético, bajo la dictadura del proletariado, república que ya florece en la Unión Soviética y que se establecerá también en todos los países capitalistas y llegará a ser indudablemente la forma dominante de estructura del Estado y del Poder en todos los países industrialmente avanzados. Esta forma, sin embargo, no puede ser adoptada por un determinado período histórico, en la revolución de los países coloniales y semicoloniales. Consecuentemente, en todos estos países la revolución sólo puede adoptar en dicho período una tercera forma de Estado: la república de nueva democracia. Esta es la forma que corresponde a un determinado período histórico y, por lo tanto, es una forma de transición, pero obligatoria y necesaria".

Lo más importante es que Mao Tse-tung, al establecer con meridiana claridad esta meta revolucionaria de transición al socialismo, no sólo señaló un objetivo para China sino para todos los países coloniales y semicoloniales. Mao Tse-tung fue perfectamente consciente de la universalidad de su formulación —en relación con el mundo colonial y semicolonial— realizada al definir el Estado de nueva democracia o democracia-popular. Refiriéndose a dicho Estado, dice: "El tercer tipo es una forma de Estado de transición que debe adoptarse en las revoluciones de los países coloniales y semicoloniales. Cada una de dichas revoluciones tendrá necesariamente características propias, pero éstas representarán ligeras diferencias dentro de la semejanza general. Siempre que se trate de revoluciones en colonias o semicolonias, la estructura del Estado y del Poder será forzosamente idéntica en lo fundamental, es decir, se establecerá un Estado de nueva democracia bajo la dictadura conjunta de las diversas clases antimperialistas".

Tenemos, por consiguiente, en lo que toca al problema del poder y del Estado en el mundo colonial y semicolonial, un claro y decisivo aporte de Mao Tse-tung al marxismo-leninismo, frente a un asunto no resuelto con anterioridad y, como veremos más ade-

(Pág. 24)

lante, de vital importancia para resolver la contradicción principal de nuestra época en la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

LA POLÍTICA DE FRENTE UNICO

En lo que respecta a la política concreta de desarrollo del Frente Unico revolucionario —uno de los instrumentos básicos para realizar con éxito la revolución Democrático-Popular— Mao Tse-tung entregó también inestimables aportes que han enriquecido el marxismo-leninismo. Es verdad que la Internacional Comunista planteó al Partido Comunista de China la necesidad de construir el frente único contra el imperialismo y las fuerzas feudales, así como contra los sectores más reaccionarios de la burguesía. No obstante, como lo mostrábamos en el párrafo anterior, la Internacional no precisó —con la claridad y justeza con que lo hizo Mao— las características de la política a seguir, por parte del proletariado y de su partido de vanguardia, en el frente único. Más aun, el propio Stalin —que realizó también algunos valiosos aportes a la revolución china con sus opiniones— formuló algunos planteamientos respecto a la estrategia a seguir con los sectores intermedios en la revolución, los cuales, aplicados en China —antes de que se impusiera allí el pensamiento de Mao Tse-tung— condujeron a cometer graves errores. Nos referimos a aquel planteamiento de Stalin cuando sostuvo que, en los distintos períodos de la revolución, el golpe principal debe dirigirse a aislar a las fuerzas intermedias. El Presidente Mao, en cambio, formuló la correcta orientación de, apoyándose en las fuerzas progresistas, ganar a las fuerzas intermedias para el frente único revolucionario, aislando a las fuerzas recalcitrantes y más reaccionarias. Esta correcta política planteada por Mao Tse-tung, es de vital importancia en los países coloniales y semicoloniales, donde el proletariado es relativamente débil y los enemigos son extremadamente poderosos.

Aparte de la orientación general recién mencionada, Mao Tse-tung trazó toda una serie de directivas y principios estratégicos. y tácticos precisos para la actuación del proletariado y de su partido en el frente único. Señaló, por ejemplo, el carácter dual: de unidad y lucha, de las relaciones entre el proletariado y los diversos sectores burgueses que participan en el frente único. Sin este concepto es imposible formular una política clara de la actuación del proletariado en el frente único, evitando tanto los errores de derecha como los de "izquierda"; es imposible concertar una alianza útil a la revolución con sectores sociales que tienen fuertes antagonismos con el proletariado y, a la vez, mantener la irrenunciable independencia del movimiento proletario, de la que hablaba Lenin.

Las formulaciones de Mao respecto al frente único contienen, además, riquísimas directivas concretas acerca de cómo el proletariado debe tratar específicamente a los diversos sectores no proletarios, del frente único o que están fuera de él, discriminando cuidadosamente las diferencias que existen entre ellos. Incluso analiza cómo tratarlos en las diversas fases del desarrollo revolucionario según su comportamiento concreto. Realiza, además, una clara diferenciación entre las fuerzas que constituyen la base del frente único: el proletariado y el campesinado, respecto de las otras fuerzas que lo integran y muestra cómo es la alianza obrero-campesina, la que condiciona la posibilidad de dirigir a los otros sectores del frente único.

Lo anterior está íntimamente relacionado con otro principio que Mao Tse-tung pone de relieve respecto al frente único: la base de la unidad del frente único es la lucha y no las concesiones. Esta formulación marca una clara diferencia de los frentes únicos fraguados por los oportunistas —basados principalmente en concesiones a la burguesía y en renunciar a la dirección proletaria— de los frentes únicos marxistas-leninistas. Precisamente la unidad sobre la base de la

lucha, particularmente de la lucha de obreros y campesinos, y la firme dirección proletaria, es lo que hace posible el carácter ininterrumpido de la revolución por etapas, es decir, el paso de la revolución democrático-popular a la revolución socialista.

Todos los conceptos básicos y de principio formulados por Mao Tse-tung para la construcción del frente único revolucionario, tienen plena validez para los países sojuzgados por el imperialismo y oprimidos por fuerzas semif feudales y monopolistas internas. Existe, por otra parte, una completa y estrecha relación entre las concepciones de Mao acerca del frente único y la concreción que él plantea de la primera etapa revolucionaria en un Estado de nueva democracia o democracia-popular.

Nos encontramos, por lo tanto, en relación con las ideas de Mao Tse-tung sobre el frente único —ideas plenamente confirmadas por la práctica y no sólo de la Revolución china— con un aporte de validez universal para la inmensa mayoría de la Humanidad, que vive en Asia, África y América latina en naciones oprimidas por el imperialismo y atrasadas en su desarrollo económico.

LA LUCHA ARMADA POR EL PODER

Mao Tse-tung no sólo rechaza con sus concepciones las tesis revisionistas de un camino pacífico al Poder, sino que formuló una estrategia y una táctica totalmente originales y adecuadas a las características esenciales de los países coloniales, semicoloniales y dependientes, para el derrocamiento armado de las fuerzas más reaccionarias: la guerra popular. En la generalidad de los países de Asia, África y América latina, el proletariado es débil debido al bajo desarrollo capitalista y, por lo general, el campesinado es más numeroso que la clase obrera. Salvo algunas excepciones, en la mayor parte de estos países predomina la población rural por sobre la población urbana. En general, en ellos los sectores más reaccionarios del enemigo se encuentran sólidamente fortificados y defendidos por sus fuerzas represivas en las grandes ciudades. Estos enemigos fundamentales del proletariado son, además, extremadamente poderosos ya que a los terratenientes y a la burguesía monopolista o proimperialista, dispuestos a defender a sangre y fuego sus privilegios, se suma el imperialismo que también defiende en última instancia sus inversiones por medio de la intervención armada.

(Pág. 25)

En los países coloniales y dependientes —por lo mismo— es muy difícil conquistar el poder por medio de una rápida ofensiva insurreccional, como en Rusia, y si es que se logra conquistarlo así es muy difícil mantenerlo. La debilidad del proletariado, la intervención del imperialismo, la baja población de las ciudades, el atraso de los sectores no proletarios y muchos otros factores, obligan a buscar otro camino para expulsar al imperialismo y derrocar a los sectores terratenientes y monopolistas de la burguesía.

Pues bien, Mao Tse-tung es quien da respuesta, para los países dominados por el imperialismo y atrasados, a este problema no resuelto hasta entonces por el marxismo-leninismo. La guerra popular soluciona el problema de cómo avanzar en el desarrollo de una lucha armada por el Poder, siendo —en el sentido estratégico— inicialmente más poderosas las fuerzas reaccionarias. Nos enseña a combatir cuando nos conviene y a retirarnos si una batalla nos será desfavorable. Nos enseña, estando en inferioridad estratégica respecto al

enemigo, a conseguir superioridad táctica sobre él en cada batalla o, en caso contrario, a eludir un enfrentamiento decisivo.

Mao Tse-tung nos enseña que la guerra popular es la guerra de las masas y que no puede tener éxito sino movilizándolo al pueblo para que, de una u otra manera, participe en ella. Nos enseña, en función de lo anterior, que en la guerra popular es preciso poner la política al mando y que el Partido gobierne el fusil; a confiar más en el hombre que en los armamentos o en la técnica militar o a resolver todos los problemas de la guerra basándonos fundamentalmente en los propios esfuerzos del pueblo. Una guerra de esta especie no pueden practicarla los reaccionarios —aquellos que oprimen al pueblo— por mucho que hayan estudiado sus principios.

Mao Tse-tung, en las difíciles condiciones de los países atrasados, nos enseña a despreciar estratégicamente al enemigo inicialmente más poderoso, desencadenando la guerra contra él, y tomándolo muy en serio en el sentido táctico, para no ser prematuramente aniquilados. Nos muestra que una guerra de esta especie será necesariamente una guerra de carácter prolongado en su desarrollo y que dicho desarrollo intensificará las contradicciones en el seno del enemigo y acrecentará las ventajas de las fuerzas revolucionarias. Mientras el adversario irá sufriendo el aniquilamiento progresivo de sus fuerzas armadas, más y más sectores del pueblo se sumarán a las fuerzas armadas populares o a tareas de apoyo a ellas. Mientras el enemigo reaccionario se descompone política y moralmente y pierde su base de sustentación inicial, las fuerzas revolucionarias van ganando cada día más apoyo y prestigio. Mientras el enemigo se desconcierta con sus fracasos, se desorganiza y pierde armamentos, el ejército popular eleva constantemente su experiencia de combate, robustece su moral y se arma a costa del enemigo.

La guerra popular nos enseña a dar principalmente batallas de aniquilamiento contra el enemigo y no de simple desgaste o contención; a buscar este aniquilamiento del adversario, por encima del intento de controlar determinados territorios; a aniquilar al enemigo en aquellos puntos en que es más débil y cuando se encuentra dividido; a comenzar por golpearlo en el campo y en las ciudades pequeñas y medias, para más adelante —cuando seamos estratégicamente más fuertes— derrotarlo allí donde es más poderoso: en las grandes ciudades. Nos enseña a hacernos fuertes en aquellos lugares que podamos defender con el apoyo de las masas, creando bases de apoyo que sirvan de sustento, aunque sea temporal, al Poder y al ejército popular.

La concepción general o estratégica de la guerra popular —de la cual hemos enumerado algunas características— está acompañada de numerosas indicaciones tácticas hechas por Mao, la mayor parte de las cuales poseen también un valor universal para la guerra revolucionaria de los pueblos sometidos al imperialismo y aun para la lucha revolucionaria en los países avanzados.

La concepción de la guerra popular, formulada por Mao Tse-tung y probada en las dos guerras civiles chinas y en la guerra antijaponesa de ese país, así como en Vietnam y muchos otros lugares, es una de las más geniales aplicaciones del materialismo dialéctico a la solución de un problema revolucionario. Sus conceptos enriquecen y modifican en muchos aspectos incluso el arte insurreccional ya probado en los países capitalistas más desarrollados.

La formulación de la teoría de la guerra popular, así como sus otros aportes al marxismo-leninismo, pudo llevarlos a cabo Mao Tse-tung por el carácter profundamente

(Pág. 26)

antidogmático de su pensamiento. Pudo hacerlo porque se propuso dominar no sólo las leyes de la guerra en general o tan sólo las leyes de la guerra revolucionaria, sino que profundizar en las leyes de la guerra revolucionaria **en China**. Al aplicar el marxismo-leninismo en forma concreta a su país y romper con la tendencia dogmática a copiar mecánicamente la experiencia revolucionaria de otros países, pudo Mao Tse-tung realizar un aporte verdaderamente creador al marxismo-leninismo.

Junto con las diferencias que tiene China respecto a otros países coloniales, semicoloniales o dependientes, dicho país posee básicamente rasgos comunes con ellos. Por lo mismo, Mao Tse-tung formuló teorías que en sus aspectos esenciales son plenamente aplicables a los países subyugados por el imperialismo y atrasados en su economía. Al aplicar las leyes de la guerra popular, que son válidas para países como los de América latina, Asia y África, debemos hacerlo impregnados del profundo espíritu antidogmático que hizo posible los aportes de Mao Tse-tung al marxismo. Debemos hacerlo respetando los principios del marxismo-leninismo-maoísmo que son comunes a las condiciones objetivas de China y de nuestros países, pero teniendo siempre presente las condiciones concretas y específicas de cada país.

LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL

Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo un profundo cambio en la importancia relativa de las contradicciones fundamentales del mundo contemporáneo. En la época de Lenin, y hasta la pasada guerra mundial, continuó siendo la contradicción principal y más aguda la existente entre el proletariado de ciertos países capitalistas desarrollados y sus burguesías; así como la contradicción entre ciertas potencias imperialistas empeñadas en destruir a la URSS, y esta nación, que se había transformado en el baluarte del proletariado internacional. En esos momentos en que se consolidaba con grandes dificultades el Poder soviético, la defensa de la URSS constituía uno de los deberes más actuales y fundamentales de los movimientos proletario y colonial. "La situación política mundial —escribe Lenin en 1920— ha planteado ahora en el orden del día la cuestión de la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, la cual agrupa necesariamente en torno suyo, de una parte, los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países y, de otra parte todos los movimientos de liberación nacional de las colonias y de los pueblos oprimidos, que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del Poder Soviético sobre el imperialismo mundial".

Después de la Segunda Guerra Mundial —y en gran parte como consecuencia de ella— el imperialismo norteamericano se transformó en el centro de la reacción mundial, en la sede de los mayores monopolios capitalistas conocidos en la historia, en el mayor y más agresivo explotador de otros pueblos y en el más sanguinario, agresivo y cruel núcleo contrarrevolucionario que haya existido nunca.

El capitalismo monopolista yanqui ha logrado controlar con fuertes inversiones o influir de un modo bastante decisivo, en los propios monopolios capitalistas de las otras naciones imperialistas. Por este camino explota, también, a través de esos monopolios, a la casi totalidad del mundo colonial, semi-colonial o dependiente. El imperialismo norteamericano concentra en sus manos y maneja a diversos imperialismos, siendo así, hoy por hoy, el enemigo número uno y común de todos los pueblos del mundo. Este factor de unificación de la lucha, de todos los pueblos del mundo contra su principal y común enemigo: el imperialismo norteamericano, ha prestado un inmenso vigor en especial a la lucha de los países coloniales y oprimidos, que sufren la más feroz explotación foránea e interna.

Por otra parte, los pueblos de Asia, África y América latina, reciben sobre sus espaldas el peso principal de las contradicciones y crisis que azotan al capitalismo monopolista en su agonía. Soportan las consecuencias de la violenta pugna del imperialismo yanqui con las otras naciones imperialistas —incluyendo entre ellas al social-imperialismo soviético— por los mercados de inversión, por las materias primas y mercados de venta. Esta competencia y la resistencia de los pueblos a ser explotados, exige gigantescos gastos en armas, propaganda, fuerzas militares y policiales, sobornos, etc., gastos que recaen principalmente sobre los pueblos de los tres continentes mencionados. Los países imperialistas, además, y muy especialmente Estados Unidos, deben emplear una parte de sus utilidades para comprar a los líderes oportunistas y a ciertas capas privilegiadas del proletariado en sus naciones y aun en el propio mundo colonial y dependiente, para que frenen la lucha revolucionaria. Estos gastos recaen también, en última instancia, sobre los pueblos de Asia, África y América latina oprimidos todavía por el imperialismo. En resumen, la propia política de explotación directa de nuestros trabajadores, que se ejerce en las empresas controladas por el imperialismo, requiere fabulosas sumas adicionales, que se multiplican día a día en la medida en que el sistema imperialista se descompone, y que representan una bestial superexplotación de nuestros pueblos. Esta despiadada superexplotación y la feroz represión que la hace posible, no podía menos que despertar una poderosa lucha de los países sojuzgados por el imperialismo en contra de éste.

Los factores señalados —entre otros— han determinado que en la época actual se haya trasladado el centro de la lucha revolucionaria mundial, del proletariado de los países capitalistas más desarrollados a los países de Asia, África y América latina. En su obra "Viva el Triunfo de la Guerra Popular", Lin Piao ha señalado con razón al respecto: "Las crecientes tempestades revolucionarias que se han desatado en estas regiones en la post-guerra, se han convertido en la fuerza más importante que golpea hoy directamente al imperialismo norteamericano. La contradicción entre los pueblos revolucionarios de Asia, África y América latina y el imperia-

(Pág. 27)

lismo encabezado por los Estados Unidos, es la contradicción principal del mundo contemporáneo".

Es verdad que los sectores más explotados del proletariado de los países capitalistas avanzados combaten heroicamente contra su burguesía y contra la creciente dominación del imperialismo yanqui sobre sus naciones. Sin embargo, en dichas naciones la burguesía puede todavía —a costa de un siglo de explotación colonial— sobornar dirigentes y mantener ciertas capas privilegiadas

del proletariado que se resten a la lucha y aun que se opongan a ella. A estas formas de corrupción directa empleadas por la burguesía se suma la monstruosa traición del revisionismo contemporáneo encabezado por los dirigentes de la URSS y la desmoralización que provocan al hacer abandono de todas las conquistas básicas que realizara el proletariado en las naciones dominadas por ellos y que integran el Pacto de Varsovia. Estos renegados —como nueva burguesía y operando desde el Poder— financian e inspiran a partidos obreros burgueses existentes en prácticamente todos los países capitalistas del mundo. Si bien el revisionismo contemporáneo, que frena la lucha, opera también en el mundo colonial y dependiente, la intensidad de la explotación que pesa sobre estos países y su atraso económico, no permite que los oportunistas tengan en ellos una base social amplia y relativamente estable y que engañen en forma prolongada al pueblo.

Por otra parte, la amenaza externa que existía antes de la Segunda Guerra Mundial por parte de las potencias imperialistas contra la URSS, para restaurar allí el capitalismo, ha variado profundamente de naturaleza. Ahora, tal regresión la están llevando a cabo los propios dirigentes soviéticos y de un modo pacífico. La aguda contradicción que existía en los tiempos de Lenin, entre la URSS y el imperialismo, actualmente —debido a la traición revisionista— se ha tornado en colaboración y complicidad. En consonancia con esto —como veremos más adelante— ha debido cambiar también la estrategia y táctica de los marxista-leninistas en la lucha por el socialismo en la URSS y en otras naciones seudosocialistas.

A los factores de superexplotación ya mencionados sobre los países coloniales y oprimidos, que hacen de la contradicción entre ellos y el imperialismo la principal contradicción de nuestra época, se suma —acrecentando este antagonismo— el desarrollo del capitalismo y con él del proletariado, que ha promovido el imperialismo al acrecentar aun más sus inversiones después de la Segunda Guerra Mundial en los países que explota y oprime. Es preciso tomar en cuenta que en el grado actual de desarrollo alcanzado por el imperialismo, éste no invierte ya tan sólo en materias primas sino que está montando —en los países coloniales, semicoloniales y dependientes— complejas empresas industriales para liberarse de los impuestos de la metrópoli, obtener mano de obra barata y acercarse a las fuentes de materias primas. El imperialismo yanqui, además se encuentra embarcado en una intensa campaña para apoderarse, sobre la base de capitales mixtos, de las empresas estatales y particulares más rentables de los países capitalistas y atrasados. Todo esto no ha podido menos que desarrollar el capitalismo y al proletariado en las naciones y países subyugados por el imperialismo. Desde el triunfo de la grandiosa Revolución china, el proletariado cada vez más fuerte de estos países no tiene por meta tan sólo encabezar la lucha por la liberación nacional y contra los terratenientes y las burguesías monopolistas, sino el desgajarse del sistema capitalista para conquistar el socialismo. Existen, por consiguiente, fuerzas proletarias cada vez más sólidas en Asia, África y América latina, que están tomando en sus manos la contradicción principal de nuestra época, aquella que sepultará definitivamente el sistema de explotación del hombre por el hombre.

El propio Lenin, con genial intuición, alcanzó a prever en su época la importancia decisiva que jugaría más adelante la lucha de los pueblos y naciones oprimidos. En el III Congreso de la Internacional Comunista celebrado en 1921, expresa: "Y es claro a todas luces que, en las futuras batallas decisivas de la revolución mundial, el movimiento de la mayoría de la población del globo terráqueo,

encaminado al principio hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo y desempeñará tal vez un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos". Y en otro artículo dirigido a "La Asociación Revolucionaria de la India", dice: "Únicamente cuando los obreros y los campesinos hindúes, chinos, coreanos, japoneses, persas y turcos se tiendan la mano unos a otros y marchen juntos en la lucha común de liberación, únicamente entonces quedará asegurada la victoria decisiva sobre los explotadores". Y en 1923, Lenin afirma: "Algunas gentes, no atentas a las condiciones de preparación y desarrollo de la lucha de masas, habían caído en la desesperación y el anarquismo, influidas por el largo aplazamiento de la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa. Hoy vemos todo lo miope y pusilánime que es la desesperación anarquista. No desesperación, sino ánimo debe inspirar el hecho de que ochocientos millones de hombres de Asia se hayan incorporado a la lucha por los mismos ideales europeos".

Son precisamente los geniales conceptos de Mao Tse-tung acerca del frente único, de la guerra popular y otros, los que permiten actualmente encarar mejor en escala mundial al imperialismo para derrotarlo, desarrollando una estrategia global revolucionaria, que se apoye en la contradicción principal de nuestra época: la de los pueblos y naciones oprimidos contra el imperialismo. Como señala Lin Piao: "Mirado el mundo en su conjunto, la América del Norte y la Europa Occidental pueden ser llamados las 'ciudades del mundo' y Asia, África y América latina, sus 'zonas rurales'. Después de la Segunda Guerra Mundial, por diversos motivos el movimiento revolucionario proletario en los países capitalistas de la América del Norte y de la Europa Occidental, se ha visto retardado temporalmente, mientras el movimiento revolucionario popular en Asia, África y América latina se ha desarrollado con todo vigor. De modo, pues, que la revolución mundial de nuestros días también presenta, en cierto sentido, una situación en

(Pág. 28)

que las ciudades se ven rodeadas por el campo. La causa de la revolución mundial dependerá, en fin de cuentas, de la lucha revolucionaria de los pueblos de Asia, África y América latina, que representan la mayoría abrumadora de la población mundial".

El pensamiento de Mao Tse-tung, por lo tanto, no sólo nos entrega una estrategia y una táctica probadas y correctas para desarrollar la lucha revolucionaria en el **interior** de cada uno de los países sometidos al imperialismo, sino que permite también formular una estrategia **general** revolucionaria para terminar con el imperialismo y la explotación sobre la faz de la tierra. Así como las teorías de Marx y Engels primero, y las de Lenin más tarde, dieron en su tiempo respuesta, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, a las contradicciones principales de ese entonces, en nuestros días el pensamiento de Mao Tse-tung cumple este papel histórico.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL PROLETARIA

En el mundo contemporáneo ha surgido un gravísimo problema en aquellos países donde el proletariado logró derrocar a la burguesía, abriendo de este modo paso a la construcción del socialismo. Este problema dice relación con las medidas que el proletariado debe tomar para continuar en el socialismo la lucha de clases contra la burguesía e impedir que se apodere del poder una nueva burguesía burocrática —que controle en su beneficio los medios socializados de

producción— y que termine por restaurar el capitalismo y la propiedad privada sobre los medios de producción.

Mao Tse-tung realizó también un genial aporte a la nueva etapa de desarrollo del marxismo-leninismo, resolviendo el problema de cómo conducir la lucha de clases en la sociedad socialista. Desde el triunfo mismo de la Revolución de Nueva Democracia en 1949, Mao Tse-tung ha encabezado y orientado la línea proletaria de construcción del socialismo, en permanente lucha contra la línea burguesa. Esta lucha ha culminado con la reciente Gran Revolución Cultural Proletaria —dirigida personalmente por Mao Tse-tung— en que las grandes masas populares encabezadas por el proletariado, han arrebatado aquella parte del poder usurpado por quienes pretendían restaurar el capitalismo en China.

Mao Tse-tung demuestra cómo no es posible para establecer la influencia y lucha de las clases sociales, particularmente en el socialismo en que la burguesía ha sido ya derrotada en el terreno económico y en su dominio absoluto sobre el Poder, atenerse tan sólo a una definición de las clases según el papel que ocupen en la producción. "Al juzgar a las clases —señala— debemos considerar no sólo los aspectos económicos sino los aspectos políticos e Ideológicos". Si bien en el socialismo las clases explotadoras han sido —en lo fundamental— expropiadas y privadas del Poder, la lucha contra ellas en el terreno de la superestructura debe proseguir con gran vigor hasta su derrota completa.

Ya en su obra "Sobre la Contradicción", escrita en 1937, Mao plantea que en determinadas condiciones la superestructura puede jugar el papel más importante y decisivo en el desarrollo de la revolución.

"Es verdad —afirma allí— que las fuerzas productivas, la práctica y la base económica desempeñan por regla general el papel principal y decisivo; quien niegue esto no es materialista, pero hay que admitir también que, bajo ciertas condiciones, las relaciones de producción, la teoría y la superestructura desempeñan, a su vez, el papel principal y decisivo. Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas se hace imposible sin un cambio de las relaciones de producción, este cambio desempeña el papel principal y decisivo... Cuando la superestructura (política, cultural, etc.) obstaculiza el desarrollo de la base económica, las transformaciones políticas y culturales pasan a ser lo principal y decisivo. ¿Estamos yendo en contra del materialismo al afirmar esto? No. La razón es que, junto con reconocer que, en el curso general del desarrollo histórico, lo material determina lo espiritual y el ser social determina la conciencia social, también reconocemos y debemos reconocer la reacción que a su vez ejerce lo espiritual sobre lo material, la conciencia social sobre el ser social y la superestructura sobre la base económica. No vamos así contra el materialismo sino que evitamos el materialismo mecanicista y defendemos firmemente el materialismo dialéctico".

Pues bien, precisamente en el sistema socialista —según expresa Mao— "después de eliminados los enemigos con fusiles, quedarán los enemigos sin fusiles, quienes entablarán, inevitablemente, una lucha a muerte contra nosotros; jamás debemos subestimarlos". Esta lucha de clases en el socialismo contra la burguesía se libra especialmente en la superestructura. De otro modo los remanentes de las clases reaccionarias derrotadas y aquellos elementos revolucionarios que se corrompen, crearán una opinión pública favorable a sus intentos de restaurar el capitalismo y, por último, lograrán hacerlo de hecho. "Para derrocar el Poder político —expresa Mao— es siempre necesario, ante todo,

crear opinión pública y trabajar en el terreno ideológico. Así proceden las clases revolucionarias, y también las clases contrarrevolucionarias".

Existe toda una ideología con que las clases reaccionarias preparan en el socialismo la restauración del capitalismo: los incentivos materiales en la economía, el egoísmo, el individualismo, el burocratismo y la separación de las masas, el nacionalismo contrario al internacionalismo proletario, el tecnicismo apolítico, etc. Esta es, precisamente, la línea burguesa que —desorientando a las masas— ha hecho posible la usurpación del Poder en la URSS y otros países de Europa Oriental, por una nueva burguesía burocrática que aprovecha en su beneficio las empresas estatales y que va entregando progresivamente nuevos medios de producción a manos privadas.

Lenin alcanzó a percibir la importancia de proseguir la lucha contra la burguesía en el socialismo y advirtió en varias ocasiones contra la posibilidad de restauración del capitalismo en la URSS. Sin embargo, le tocó vivir sólo unos pocos años después del triunfo del socialismo en Rusia y durante un periodo de violento enfrentamiento economi-

(Pág. 29)

co y militar contra las potencias imperialistas, en que difícilmente existía en la URSS un terreno favorable a la restauración interna del capitalismo. Por ello, puso especial énfasis en la construcción acelerada de la economía socialista —en especial de la industria pesada— que haría posible la autonomía económica y la defensa militar de la URSS.

Mao Tse-tung, esgrimiendo conceptos ideológicos, políticos y morales con que había inspirado al Partido y al Ejército Popular desde los tiempos de Yenan, desencadenó —a través de la Revolución Cultural Proletaria— el más gigantesco movimiento de masas conocido en la historia, para derrocar a los revisionistas que pretendían restaurar el capitalismo en China, encabezados por el traidor Liu Shao-chi.

La Revolución Cultural Proletaria es el paso más formidable dado en un país socialista hacia la meta del comunismo, en que se extinguirá el Estado y las masas tomarán en sus manos plena y conscientemente los asuntos políticos, militares, culturales y de todo tipo.

A través de la Revolución Cultural se ha fortalecido el temple de las nuevas generaciones chinas, dándole a la juventud un relevante papel en la propia Revolución Cultural e intensificando su conocimiento de las luchas y sufrimientos del pasado, que a ella no le tocó vivir, para que conozca el alto precio que el pueblo pagó por el socialismo y evitar de este modo el conformismo y aburguesamiento de la juventud que existe en los países seudosocialistas.

A través de la Revolución Cultural, se ha motivado a las grandes masas a tomar en sus manos los asuntos del Estado, así como los problemas culturales, militares y de todo tipo de la construcción socialista. Se ha impulsado la formación de un hombre integral, que conozca por experiencia directa los problemas agrícolas, industriales, culturales y militares. Se ha promovido, al mismo tiempo, por primera vez en la historia, un estudio masivo y una aplicación masiva del marxismo-leninismo y de su tercera etapa: el pensamiento de Mao Tse-tung.

A partir de la Revolución Cultural, se ha intensificado la lucha contra la burocratización y por la participación de todos los dirigentes de cualquier orden,

en el trabajo productivo junto a las masas y en la necesidad de aceptar la crítica permanente de las masas.

La Revolución Cultural ha dado un paso gigantesco hacia la formación del futuro hombre de la sociedad comunista, llevando la revolución, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía "hasta el alma misma de la gente". Ha enseñado a cada hombre a transformarse a sí mismo en blanco de la revolución y a combatir en su propia conciencia las ideas, sentimientos y hábitos reaccionarios. Al combatir la ideología burguesa en China, la Revolución Cultural ha sacado a luz el riquísimo contenido de la moral revolucionaria, con que Mao Tse-tung educara desde hace decenios al Partido Comunista de China. Los conceptos de "servir al pueblo", de poner los intereses públicos por sobre los privados, de ser modestos y con espíritu autocrítico, de ser resueltos y no temer a los sacrificios para conquistar la victoria, y tantos otros, no sólo tienen ya importancia para el pueblo chino sino para todos los revolucionarios del mundo.

Tenemos, pues, que Mao Tse-tung respecto a este nuevo problema trascendental de nuestra época, el de cómo hacer la revolución dentro de la propia sociedad socialista para impedir allí que las antiguas clases reaccionarias y los revisionistas contemporáneos restauren el capitalismo, y avanzar resueltamente hacia el comunismo ha dado, en la teoría y en la práctica, una respuesta correcta, desarrollando el marxismo-leninismo a un nuevo nivel. La firme lucha que el Partido Comunista de China encabezado por Mao —siguiendo la tradición leninista— ha dado contra el revisionismo contemporáneo, se eleva a un nuevo plano más avanzado al mostrar —a través de la Revolución Cultural— como se resuelve este problema de la lucha de clases en el socialismo que, lamentablemente, ha sumado a las fuerzas de la burguesía a una serie de Estados donde el proletariado había conquistado el Poder.

Si consideramos —como es correcto hacerlo— la lucha del mundo colonial, semi-colonial y dependiente de nuestra época por su liberación y por el socialismo, como la contradicción principal que se opone a la burguesía imperialista contemporánea; si consideramos la lucha contra la corrupción y restauración capitalista surgida en el propio mundo socialista, y contra el revisionismo contemporáneo como problemas vitales de nuestra época, encontraremos en el pensamiento de Mao Tse-tung —etapa nueva del marxismo-leninismo— la solución correcta a estos problemas.

(* *Primera Edición: Abril 1970*

*Edición Digital preparada por: Archivo Revolucionario Comunista. Abril 2005.
Chile.*

*Fuente: Causa ML, n° 17 de Abril de 1970. Stgo-Chile. [Revista teórica del PCR]
Digitalizado y corregido por: D. E. P.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2008 